

das ellas, que al arrojarlas los mismos Indios en la hoguera, las escupian, y decian: *Quemate Demonio*. Fue tan general la conmoción de los Pueblos mas insectados, que derivandose por la voz à los adyacentes, quando llegaron à ellos los Padres, ya los Idólatras havian quemado los Idólos en las Plazas, cogiendo singulares frutos de su Mision antes de comenzarla. No quedó mala costumbre en aquel País, que no quedase reformada, ni escandalo que no se enmendase, ni abuso que no se extinguiese, ni idolatría, he-

chizo, y superstición que no se arrancase de raiz, ni rebelion, motin, ò tumulto que no se sosegase con la presencia, industria, y predicacion de tan Venerables Misioneros; de suerte, que muchos eran de sentir, tan llenos de admiracion, como de ternura, que con ellos iba la Poderosa Mano de Dios, para obrar continuas maravillas, al modo que Moysés, y Aarón llenaron à Egipto de prodigios, con aquella prodigiosa Vara, symbolo de la Omnipotencia Divina.

CAPITULO VIII.

ENTRA EL V. P. FR. ANTONIO

à reducir los Apostatas Choles del Manché, y à los indomitos Lacandones: Admirables progresos de esta empresa, y lo mucho que padeció con su Compañero.

NOticiosos estos infatigables Ministros de que por este tiempo havian apostatado de la Fé los Indios Choles, y por esta causa se hallaban como ovejas er-

rantes, y sin Pastor, por las montañas, y bosques, resolvieron ir à buscarlos, para reducirlos al gremio de nuestra Catholica Iglesia. Para este efecto, obtuvieron el beneplacito de los

los hijos de mi Gran Padre Santo Domingo, de cuya cuenta corria aquella conversion, y en cuya demanda havian derramado mucho sudor, y sangre, para vencer su infidelidad, y hacer frente à su protervia. En cuya consecuencia prosiguieron desahogando su zelo, internandose por las espesuras, y breñas, guiados de algunos de los Indios Fieles, con la mira de reducir à los Barbaros cerriles, y de congregar à los dispersos apostatas. Tolerando hambres, y descomodidades, y pisando abrojos, y espinas, llegaron à avistarse con ellos; y el recibimiento que les hicieron, fue tan ageno de la piedad, como propio de los que entregados al través de la malicia, estaban muy empeñados en defender el libertinage que les havia sugerido el Demonio. De forma, que en varias ocasiones los desnudaron de sus Habitros, y teniendolos à un palo atados dia, y noche, descargaron repetidas lluvias de azotes sobre sus fatigados miembros. Pero como el éincél dá lustre al oro, quando parece que lo raya, asi los enforcidos golpes, que estos bendi-

tos Varones recibian de tan sacrilegas manos, hacian brillar mas los fondos de su caridad, para ganar aquellas almas para Dios. Por fin, ya los tenian sentenciados para ser blanco de sus penetrantes saetas en aquellos heriales, que por haverles franqueado el Señor en ellos tantos acibares de Cruz, les parecian Jardines muy deliciosos. Pero como la Magestad Divina los tenia reservados para otros altos progresos de su Sábia Providencia, infundió otros intentos en aquellos corazones indomitos, despues de quedar muy acrecentado el merito de los Venerables Conquistadores, con su victoriosa tolerancia. Libres, pues, de tan funesta opresion, y fecundada con dilatados riegos de Christiana Doctrina aquella Region Apostata, quedaron sus moradores desprendidos de las uñas del Demonio, y tan afectos à los catholicos cultos, como si fueran Christianos viejos. Quedó tan vencida la brutalidad de los bozales, y tan corregida la apostasia de los fugitivos, que no se necesitaba de armas para transitar la tier-

ra, sino de rejas para trabajarla. Redugeronlos à ocho Poblaciones, y en cada una fabricaron una Iglesia, para que mejor se conservase entre las parcialidades la deseada concordia. Y mirando à este País como corta esfera de sus abrasados anhelos, dieron los correspondientes avisos à los Doctrineros de su encargo, agradeciendoles la continua caridad con que les socorrieron su necesidad, y penuria; y à instancias del Alcalde Mayor de la Ciudad de Cobán, y de los Ministros Eclesiasticos de la Vera-Paz, se encaminaron para la basta, y feróz Nacion de los Lacandones.

Estaba calificada esta Nacion por todos quantos tenian noticia de ella, no solo de infiel, è idólatra, sino de belicosa, y rebelde. Desde los principios de la Conquista de este nuevo mundo, ya havian procurado nuestros Españoles sujetarla à la Real Corona, y reducirla à la Ley Divina; pero siempre se mostró tan constante en su ferocidad, como inflexible en la protervia. Por los años de mil quinientos cincuen-

ta y dos fueron tales las hostilidades, è insultos que egecutaron estos Barbaros en los Catholicos confinantes Pueblos de la Provincia de Chiapa, que quitaron la vida à varios, y à muchos se los llevaron cautivos, practicando con unos, y otros asombrosa crueldad, y sevicia. Cogian los niños de los Christianos, y los sacrificaban sobre los Altares de los Templos, y sacandoles el corazon al pie de las Sagradas Cruces, con su sangre ungian, y salpicaban con execrable irreverencia las Soberanas Imagenes. En algunas Poblaciones pegaron fuego à las Iglesias, y Casas, y haciendo irrision, y burla del Poder Divino, decian con desprecio, y mofa: *Christianos, decid à vuestro Dios que os defienda.* En una entrada, que de Orden Real hicieron nuestros Soldados, para sujetarlos, cautivaron à un Negrito del Maestre de Campo, y à vista de los Españoles, le sacaron vivo el corazon, y lo sacrificaron al Sol, teniendo este vano sacrificio por presagio cierto de la seguridad de su victoria, y su triunfo. En fin, era gente tan bar-

barbara, y tan soéz, que mas que vivientes racionales, producía monstruos sangrientos, tan inhumanos, y tan crueles, que se sustentaban de carne humana; y por lo mismo eran el horror, y asombro de los circunvecinos Países.

A estas, pues, tierras indomitas, y tan temidas, que años antes havian quitado la vida con crueldad à los famosos, y Venerables Dominicanos Fr. Domingo de Vico, y Fr. Andrés Lopez, que como Apostoles de aquella Provincia, entraron à anunciarles el Evangelio, se encaminaron nuestros Venerables Melchor, y Antonio, entregandose à tan evidentes peligros, y mortales riesgos, para desterrar las densas, y diabolicas tinieblas de aquel obscuro, y confuso Egypto. Salieron con ellos, desde Cobán, nueve Indios mansos para servirles de guia; pero estos, arrepentidos de su primera resolucion por su nativa inconstancia, ò atemorizados de la fiereza de los Gentiles, en cuya busca iban los Padres, los trageron seis meses, haciendo circulos penosos por los marge-

nes de los Rios, fingiendo, que no acertaban el camino del Lacandon. Toda su provision, y bastimento se reducía à un poco de maiz cocido; y faltandoles en breve este corto alivio, huvieron de echar mano de los palmitos, y pacáyas, que eran el unico fruto agreste, que daba aquel inculto terreno, para enganar las quejas del apetito, siendo su mayor regalo tal qual Pez, que en alguna ocasion pudieron sacar de las aguas las acobardadas guías. Varias veces se vieron en gravissima necesidad, y valiendose de ella los conductores, pretextaban, que iban à buscar socorro à los Pueblos mas inmediatos, y procuraban hacer infructuosa su vuelta, para que cansados los Padres de tan prolija hambre, y de tan penoso viage, desistiesen de su empresa, y se volbiesen à tierra de Christianos.

Llegaron à verse tan exhaustos, y macilentos, por falta de viveres, que apenas podian ya dar paso; y huvieran perecido à manos de la necesidad, si no huviera dispuesto la Divina Providencia, que en el mayor de sus aprietos acertase

à pasar por el Rio un Indio Christiano en una Canóa, con el qual remitian los Padres Doctrineros las Hostias à los Peregrinos, y les franqueó una escasa porcion de maiz, con que pudieron reforzarse. Con esta oportunidad, y con la luz que les dió este buen Indio, fueron de parecer, que el P. Fr. Antonio pasase en la Canóa à una milpería de uno de los Caciques de Cobán, para solicitar algun alivio. Halló buena acogida en su casa, y certificado por su dueño del engaño de los pusilánimes conductores, consiguió otros ocho Indios de aquella ranchería, mas fieles, y mas animosos, para continuar su derrota. Fueronse para el sitio en donde havia quedado el P. Fr. Melchor, y con nuevas guias, y algun bastimento, se internaron por aquellas poco traginadas malezas, transitando cuevas asperas, y precipitadas laderas, hasta llegar al primer Pueblo de los fieros Lacandonnes.

Entraronse por su Plaza, siendo como las nueve de la mañana, por el Febrero del año de noventa y quatro, à

tiempo que se hallaban tan descuidados aquellos Barbaros, que al instante mismo que divisaron gente tan estraña en sus páramos, quedaron despavoridos, y atónitos; por manera, que siendo como ciento y cinco las familias que alli havia congregadas, todos se dieron sin dilacion à la fuga, à excepcion de algunas mugeres ancianas, que no acertando à seguir à los fugitivos, por menos vigorosas, ò por mas preocupadas del asombro, daban mugidos como Toros, temiendo, que de retaguardia venía golpe de Españoles para aprisionarlos, ò para quitarles la vida. Pero habiendose recobrado en breve de este susto, y reconociendo, que su rezelo solo havia sido imaginado, acometieron de tropél, dando su asombroso alarido, fulminando venganzas con las armas en las manos, dando de golpes à los Indios Fieles, y de empellones à los benditos Ministros. Y no contentos con haverseles abalanzado con tan descortés audacia, les daban repetidos repujones, tirando con tal fuerza de sus santos Habitos,

ros, que los rompieron por diferentes partes.

A este tiempo, otros, que à primera instancia echaron mano del pobre fardo en que llevaban los Sagrados Ornamentos, por reconocer si traían armas, dieron el aviso de que no encontraban insignia alguna de guerra. Y dandoles juntamente los Misioneros algunas señales de paz con ademanes cariñosos, se interpusieron algunos de los Caciques, para que cesase la fiereza de la Plebe, y sosegar el tumulto. Con esto, les restituyeron los Ornamentos, volviendo tambien à los Indios Fieles los pobres trastecillos que les haviam quitado; los quales, poseídos del temor, y de la cobardía, que les infundió tan mal trato, y desabrido recibimiento, no hacian poco en darles à entender con algunas palabras que entendian del Idioma, que los dos Padres eran Sacerdotes de los Christianos, y que iban à persuadirles que hiciesen paces con Dios, con el Rey de España, y con los Indios de Cobán, sus enemigos. Pacificaronse al go con estas mansas, y hu-

mildes demostraciones, y en señal de que ya se les havia quitado el enojo, les dieron de comer à su uso, y una vivienda para Hospicio. Al punto erigieron Altar en ella los dos valerosos Apostolicos, para celebrar el adorable Sacrificio de la Misa, y comenzar à poner en forma la conversion de aquellas racionales fieras.

Pero como en aquellos cerribles pechos competía lo vulnerable con lo indómito, brevemente los volvió à precipitar la ira, y haciendo recuerdo de que haviam llegado al parage tan silenciosos, y sin haverles dado antes aviso, resolvieron, que fuesen víctima de su colera, y que acabasen ambos la vida al impulso de su furia; en cuyo convenido supuesto, comenzaron à celebrar el dia de su crueldad, y destrozo, con festivos gestos, danzas ridiculas, y funestos murmullos, como si fueran descendientes de la Saltatriz Herodías, que con un bayle previno la muerte del inocente Bautista. Reputados ya por blanco de su sevicia, y pasto de su voracidad humana, los tuvieron aprisionados por cin-

co dias, en que con solo el cuchillo de la hambre huvieran sido cadaveres, si una piadosa India Gentil, no les huviera subministrado algunos disimulados socorros. Ponianles las manos sobre el corazon, por ver si les palpitaba; siendo como maxima de su gentilica estupidéz, hacer en los Cautivos anatonía del temor, para cortarles las gargantas en quanto les ocupase el miedo.

Tocabanle los pies al esforzado Fr. Antonio, que aunque flaco, y extenuado, por sus continuos ayunos, y trabajosas taréas, tenia mas salud, y mas robustéz que su Compañero. Y aludiendo al intento de que fuese plato de su brutal apetito, se decian unos à otros: *Este bueno*. Tentaban los del penitente Fr. Melchor, que por sus achaques, y austeridad, estaba tan flaco, y llagado, que parecía un esqueleto. Y con ademanes de que sería vianda despreciable, y desabrida, proseguian diciendo, en tono como de asco: *Este podrido*. Discurra aqui la reflexion mas animosa, si havria de menester todos los alientos de la gracia,

para no dar lugar al desmayo, y pérdida de los sentidos, escuchando voces de tanto asombro, y razones de tanto pásmo. Pero como al que solo teme à Dios, no lo azora ningun peligro, permanecieron en medio de tan conocido riesgo con los ánimos sosegados, y con los corazones pacíficos, como indice de la quietud interior del alma, que les dictaba la conciencia, y del gozo con que miraban tan próximos los deseados laureles.

Viendo los feroces Idólatras, que los dos valerosos Sacerdotes permanecian inalterables en su constancia, con el semblante alegre, sin muestras de pusilanimidad, y sin señas del mas minimo suspiro, les pusieron delante unos Idolos, proponiendoles por indispensable disyuncto, ò que tributasen culto à sus Dioses, ò que al instante pagarian su renuencia atravesandolos con sus penetrantes cuchillos, ò cortandoles las cabezas con sus afilados alfanges. No pudieron oír los zelosissimos Misioneros tan necio barbarismo, sin descubrir el encendido volcán del

zelo de la honra de Dios, que ocultaban sus corazones. Y convertidos en un animado Vesubio, brotando fervorosas voces por llamas, asearon su dementada propuesta, reprimiendo con santa aspereza sus diabolicas adoraciones, y Ritos, con que se hacian reos de la Justicia Divina, y quedaban destinados perpetuamente, como despojos de la venganza del Cielo, para la region infernal de la miseria, y del llanto. Bien pudieran creer estos Venerables Ministros, que con tan evidentes desprecios de aquellas mentirosas Deidades, ya havia llegado la hora de su deseada palma, no cesando de predicar contra sus errores, con tal eficacia, y espiritu, que sus palabras, mas parecian rayos que los aturdian, que voces que se escuchaban.

Pero quedandose los oyentes como adormecidos, y con los ánimos trastornados, acordó uno de los mas autorizados Caciques quitar los Idolos de su presencia, y proponerles, para hacer experiencia de la verdad de lo que les decian, que se quedase uno de los dos Padres

en su territorio por prenda, y que el otro fuese con algunos Lacandones à Cobán: y que si los Christianos los recibian bien, era señal de que havian entrado alli de paz, movidos de la salvacion de sus almas; pero que si los recibian mal, quedarian desengañados de que todo era ficcion. Admitieron los Siervos de Dios el partido, y se convinieron en que el P. Fr. Antonio partiese con doce de aquellos Gentiles, para la expresada Ciudad. Llegó à ella con la dicha Comitiva à los quince dias de camino, siendo recibido de todos con particular admiracion, y singular regocijo de verle vivo, entre una gente tan cruel, y montaráz, que era el horror de los peñascos, y el asunto de las selvas. Desde el punto que aquellos Catholicos Ciudadanos fueron informados por el V. P. de las esperanzas que prometia su viage, vistieron, y regalaron à los Gentiles, mostrandoles gran cariño, y mucha paz, como prosperas premisas de la deseada reduccion, asi de ellos, como de los que havian quedado en el Monte.

Pero como en los investiga-

bles juicios de Dios, y en sus inapeables secretos, la ciencia única es no saber, y la agudeza de la vista es no mirar, no me detendré aquí en el azár impensado de que enfermandose los expresados Indios, tal vez por la notabilísima diversidad de pasto, y temperamentos, en pocos dias murieron diez de ellos, de los quales, ocho recibieron el santo Bautismo: y à los que fallecieron antes de emprender el P. Antonio la vuelta para el Lacandón, se les dió sepultura honrosa en Cobán, quedando los demás enterrados en el camino. Con este tan funesto acaso, adelantaron el paso los dos que quedaron vivos, para dar aviso à los suyos. Llegaron antes que el Siervo de Dios, con estas trágicas nuevas, y al punto levantaron la voz los Parientes, y Compatriotas para el llanto, y algarrabía, con tan descompasados extremos, que hubo el P. Fr. Melchor de irse à la Plaza con el fin de persuadirles, por lenitivo de su pena, la certidumbre de morir, diciendoles, que aquellos havian muerto porque havia llegado su hora, como

moririan tambien todos los que quedaban vivos, quando llegase la suya. Mas viendo que en vez de aquietarse con su Sermón, hacian ludibrio, y farsa de sus palabras, gritando con mas sentida amargura, refrescando la memoria del fracaso, y pidiendo auxilio à sus Idolos, mudó de estilo el Predicador, reprehendiendoles las luminarias, y fiesta que, en medio de su dolor, hacian à los falsos Simulacros, amenazandolos con fuego del Cielo, con que irritado el verdadero Dios, abrasaria entre voraces llamas al Pueblo. Al oír estas razones, creció la mofa, y desprecio de aquellos obstinados Idólatras, y tomando un Viejo en su mano un tizón, se lo daba al bendito Misionero, diciendole con irritado desmán, que pegara fuego à las chozas. Por manera, que al ver el Venerable Anciano tanta irrisión, y dureza, tuvo por bien retirarse à su posada, en donde tenia el Altar, y tan lastimado su corazón, como humedecidos sus ojos de intrepidez tan gentil.

Mas como el Soberano Señor es el que de continuo vela,

pa-

para que su Divina Palabra sea eficaz, y poderosa en boca de sus Ministros, obrando repetidas maravillas, quando conviene, para confirmar su verdad, lo mismo fue entrar la noche, que sobrevenir sobre el Pueblo un furioso torbellino de llamas, que encendió el aliento de la Omnipotencia, con que quedó reducido todo à pavesas, à excepcion de la Casa en que se hallaba el Profetico Sacerdote, y otras diez de las mas contiguas, convirtiendose de improviso su burla, y embravecido desacato en sentimientos lúgubres, y alaridos tristes. Pero agitada su bravura necia con la ira que les ocasionó el incendio, y aumentada su cólerica turbacion con la noticia de las muertes de los que havian ido à Cobán, resolvieron salir al encuentro al V. P. Margil, para impedirle el paso, recibiendo de su tornavuelta, como irritadas Abispas. Pusieronse por delante, dando de gritos, con semblantes sañudos, y enfurecidos, pintados los rostros con denegridos tintes, empuñando las armas con ademanes belicosos, cominandole una muerte atróz, si pro-

seguía dando un paso en demanda de su designio. No contentos con horrorizarlo de muchos modos, forcejaban para que retrocediese, y para ello le fingieron que ya havian muerto à su Compañero, y que ya quedaba sepultado. Robaronle las hachas, cuchillos, aperos, y mercerías, que llevaban los Indios amigos para los Caciques, diciendole repetidas veces, que se fuese, pues no lo querian en su tierra, ni tampoco al Dios que ambos les havian predicado, puesto que era tan bravo, que no solo mataba la gente, sino que abrasaba las casas.

No por esto se acobardó el invencible ánimo de este nuevo Apostol, que dia, y noche suspiraba por la reduccion de aquellos Gentiles, aunque fuese à costa del mas horroroso martyrio. Procuró sosegar en parte sus barbaras resoluciones, y prosiguió su viage con los Indios mansos en busca de su Compañero, para conferir con él lo sucedido, y discurrir los expedientes mas factibles, en caso de hallarlo vivo, ò trasladar su cuerpo à tierras de Christianos, en la suposición de que fue-

fuese muerto. Encontose con él à poca distancia, siendo tanto mayor el gozo de tan deseado hallazgo, quanta havia sido la pena que preocupó su corazón, con la falsa noticia de su muerte. Confabularon recíprocamente sus respectivos sucesos, formaron Altar en aquel desierto, celebraron el santo Sacrificio de la Misa, dieron al Señor repetidas gracias de todo, pidieron à su Magestad esfuerzo para continuar sus intentos, y se entraron otra vez en el Pueblo predicando la Fé de Christo con intrepidez Apostolica. Mas viendo que los repeñan con mayor violencia que antes, y que sus corazones eran irreducibles, y tan difíciles, como pedernales, de doblarse à la docilidad, y razon, determinaron darles por entonces las espaldas, mientras el Divino Señor disponia aquel bosque infructuoso con el suave rocío de sus piedades inmensas, para que no fuesen infecundas las lagrimas de estos fervorosos Apóstoles, y diese el correspondiente fruto à sus laboriosos desvelos.

CAPITULO IX.

BUELVE EL V. P. ANTONIO con su Compañero à Guatemala, para informar à la Real Audiencia los arbitrios de esta Conquista. Acompaña al Presidente con su Exercito en su entrada al Lacandón. Y se dá razon de los millares de almas, que hasta entonces se convirtieron, por la predicacion de estos dos insignisimos Misioneros.

LA experiencia que adquirieron los VV. PP. Melchor, y Antonio, de que sus piadosas porfias quedaban infructuosas, les obligó à retirarse de aquel ingrato terreno, y à salirse de aquellos espinosos selvages, por las mismas veredas por donde havian entrado. Y reconociendo que la

poderosa mano de Dios havia sujetado con oculta fuerza à los Lacandones, para que no les huviesen quitado repetidas veces la vida, se empeñaron en responderle al Señor este cuidado, dando instrucciones à la Real Audiencia de Guatemala, facilitando la Conquista de aquellos rebeldes Barbaros. Llegaron à la Vera-Paz continuando su derrota, y en un Pueblo de Indios Choles, de los que à su solicitud havian bajado de la Montaña, se encontraron, para lenitivo de sus trabajos, con quatro famosos Misioneros, que les enviaba el Prelado de este Colegio, con el fin, de que la ereccion de Hospicio, y Seminario, que deseaba aquella Ciudad, y Reyno, se pusiese en el mas posible corriente, y quedasen proveidos de Ministros los parages, que ambos havian catequizado. Fueron estos los VV. PP. Fr. Francisco de San Josef, y Fr. Pablo de Rebolida, con el egemplar Anciano el P. Fr. Antonio Perera, y el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor D. Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga, que despues de haverse ocupado mu-

chos años en el ministerio Apostolico con infatigable espíritu, murió gobernando la Mitra de Puerto-Rico, siendo inmortal en la fama de sus religiosos egemplos.

Celebraron su llegada con aquellas demonstraciones de gozo, en que los hacia prorumpir el práctico conocimiento de lo mucho que con su ayuda se dilataria la Fé en la basta Gentilidad de aquel Reyno. Y correspondiendo los recién llegados Ministros con igual contento, y gusto, se daban unos à otros los placemes, por haverles elegido la Divina Providencia para tan laudable ministerio. Desde luego repararon los nuevos Misioneros, que los Habitados de los Padres Melchor, y Antonio, estaban tan cargados de remiendos, que apenas se distinguia su primera gerga, pues sin haver usado jamás de remuda alguna, ya se havian servido de ellos por mas de catorce años. Con cuyo motivo, tan acreedor à la admiracion, como al egemplo, les rogaron que admitiesen un Habito, que llevaba para sí el V. Fr. Francisco de S. Josef, y sirvió para el